

NICOMEDES
GUZMAN

FERNANDO
ALEGRIA

MANUEL
ROJAS

ANDRES
SABELLA

MARIO
ESPINOSA

JUAN
MARIN

OSCAR
CASTRO

HERNAN
DEL SOLAR

MIGUEL
SERRANO

L. MERINO
REYES

SALVADOR
REYES

FRANCISCO
COLOANE

MARIA FLORA YAÑEZ

ANTOLOGIA DEL
CUENTO CHILENO
MODERNO

1938-1958

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

M. FLORA
YAÑEZ

M. LUISA
BOMBAL

JUAN
EMAR

CLAUDIO
GIACONI

JOSE
DONOSO

TERESA
HAMEL

SILVIA
BALMaceda

HERBERT
MULLER

L. ALBERTO
HEIREMANS

ARMANDO
CASSIGOLI

RAFAEL
MALUENDA

JUAN
TEJEDA

MARGARITA
AGUIRRE

GUILLERMO
ATIAS

V. MOLINA
NEIRA

EDUARDO
ANGUITA

ALFONSO
ECHEVERRIA

GUILLERMO
BLANCO

BRAULIO
ARENAS

ELISA
SERRANA

María Flora Yáñez

**ANTOLOGIA DEL
CUENTO CHILENO MODERNO**
1938-1958

EDITORIAL DEL PACÍFICO, S. A.
Santiago de Chile

PROLOGO

El cuento en Chile ha pasado por diferentes etapas, desde aquella puramente objetiva que imperó a fines del siglo diecinueve hasta la de hoy, múltiple y rebelde a cualquier norma. En el género campesino y realista se destacaron importantes valores, tales como Federico Gana, Baldomero Lillo, Fernando Santiván, Luis Durand, Latorre, etc. Detenido el cuento largo tiempo —al igual de la novela— en el criollismo o costumbrismo urbano (en esta última forma sobresalieron Edwards Bello, Alberto Romero, González Vera) se habría dicho que ya la prosa chilena no iba a superar ese plano. Pero de pronto, como un súbito despertar, surgieron autores que, sacudiendo todo resabio criollista, se aproximaron a la prosa de Augusto d'Halmar y Pedro Prado, únicos novelistas chilenos de la pasada generación que se habían asomado a un mundo diferente: el de los símbolos, el del misterio.

Los nuevos autores penetraron a ese mundo quimérico, casi intocado, iluminando con sus creaciones el terreno sin horizonte del realismo a secas. Y apareció lo que yo llamaría el cuento "mágico", que va más allá de la mera descripción, de la estampa fotográfica, que interpreta o transforma la realidad y que, incluso, anhela alcanzar hasta cierto universo invisible, pretendiendo explorarlo. Conjuntamente se hizo más hondo el cuento psicológico que hasta entonces en Chile, si delineaba caracteres, sólo en aisladas ocasiones había desmenuzado complejidades del alma humana. Surgió, asimismo, el cuento surrealista que, en su afán de llegar a la subconciencia es,

a su vez, un compuesto de símbolos. Esta múltiple evolución en el género, que marcha naturalmente junto a la novela, data sólo de los últimos veinte años.

En esta Antología he deseado, ante todo, presentar a autores cuyo acento y expresiones dejaron atrás la era criollista, trasmutando con su creación la realidad que es siempre más compleja y misteriosa de lo que aparece.

Ello no significa que yo niegue la importancia que en su tiempo y en nuestra historia literaria ha tenido el criollismo. Fue una etapa necesaria. Fue el puente que construyeron algunos escritores para pasar de la imitación europea en que se movían sus predecesores a la tierra nuestra, intentando escuchar la voz multiforme y áspera de América. Pero era preciso salir de esa etapa. Las ficciones que sólo retratan un aspecto de vida, excluyendo tanto los mitos como el misterio, o alguna búsqueda o aspiración metafísica, poco dicen ya al hombre moderno quien, sumido en la desorientación de la era mecánica primero, atómica después, y dentro de un mundo agitado y caótico, necesita en el arte, para afrontar su angustia, algo que lo sostenga más allá del plano realista. Por lo demás, la prosa de los precursores y representantes del criollismo chileno, había permanecido en el umbral de esa zona, sin hacerse intensiva, es decir, de individuo adentro, y sin una interpretación honda del paisaje. No había expresado en toda su potencia la fuerza telúrica de nuestro territorio en sus bloques diversos que son como un nacimiento constante, ni la inseguridad del ser humano frente a esa naturaleza que lo devora. De allí la carencia de universalidad de aquella prosa, de allí el olvido en que va cayendo.

Si esta Antología es una afirmación del desarrollo actual del cuento chileno, no llega hasta repudiar el género criollista ni a eliminarlo de sus páginas. Van en ella dos relatos de esa índole, ambos de mano maestra: "Lucero" de Oscar Castro y "Una Perra y algunos Vagabundos" de Nicomedes Guzmán. En ellos el costumbrismo se viste de un ropaje

poético que sublima el tema, envuelve al lector y da a su contenido un acento universal.

La mayoría de las narraciones que presento están dentro de lo simbólico o mítico, tales como "Las Islas Nuevas", de María Luisa Bombal, "El Poeta que se volvió Gusano" de Fernando Alegría, "El Hombre del Funeral" de Juan Marin, "El Cielo Colorado" de Andrés Sabella, "Miedo ante el Paisaje" de Juan Tejeda, "En el Tiempo" de Braulio Arenas y aún "Despremiados" de Cassigoli, mostrando este último la alegoría satírica que, en general, posee menos radiación espiritual que las alegorías de sentido dramático. En el mundo moderno, la sátira nace y atrae en menor grado que el drama, tal vez porque, como ha dicho el inglés Hayward, esa particularidad sólo aparece y es buscada dentro de situaciones estables en que el individuo se siente como protegido por el ambiente.

Algunos de los relatos seleccionados en esta obra son simples bosquejos, como "Alina" de Silvia Balmaceda, quien permanece en la sugerencia. Otros tienen un alcance autobiográfico, mitad realidad, mitad ficción. Entre ellos está "Gertrudis" de la que escribe estas líneas. Casi todos, salvo los dos criollistas y algún otro, pueden ocurrir en cualquier parte del mundo y aún en cualquier época. "La Muerte Nocturna" de Eduardo Anguita, relato de gran vuelo poético, nos envuelve en una obsesionante atmósfera de angustia. Herbert Muller, en cambio, emplea la alegoría directa en su "A las doce y cuarto", fina historia provista de cierto candor y exenta de misterio. En "La Enfermera" de Miguel Serrano hay una densidad de ambiente que trasciende al lector desde los medios que describe. "Pibesa" de Juan Emar es francamente surrealista y sus personajes se mueven en el plano de lo irracional. Por fin, varios de los cuentos ofrecen, si no un proceso, un conflicto psicológico.

Dentro de la limitación que impone esta clase de trabajo, he elegido a quienes, a mi juicio, están más de acuerdo con la época que vivimos y la representan en su forma caótica y atormentada. Se verá, por la diversidad de los temas y por la variada técnica con que han sido contruidos los cuentos, cuán

prismática ha llegado a ser en Chile la literatura moderna. Y hasta qué punto difiere del largo período que señalé al principio de este prólogo en que los autores se unían por un parentesco de ambiente y por el rasgo común del criollismo.

Es, pues, esta Antología, el contrapunto de una etapa que creyó demasiado en el poder racional de la literatura e ignoró la fuerza oculta y permanente del espíritu y de los símbolos en el arte. Símbolos que si llevan en sí un soplo de fecundidad y reflejan las profundas aspiraciones de una época, han de perdurar más allá de la existencia de su autor, iluminando a quienes lo siguen.

MARÍA FLORA YÁÑEZ.

Julio de 1958

GERTRUDIS

Figura de naufragio, que va esparciendo en torno su ceniza de muerte, era aquella señora alta, pálida y huesuda, cuya visita a nuestra casa me hacía perder el sosiego por casi toda la tarde. Tenía tez apergaminada bajo los cabellos blancos y ojos que huían ante los otros ojos. Vestida siempre de negro y envuelta en un espeso manto de espumilla, aparecía dos o tres veces por año, generalmente a la hora del té. Era como el hada mala de los cuentos, adusta, torva, solitaria, y su presencia en nuestro ambiente me producía malestar. El malestar iba en aumento a medida que sus manos descarnadas y sinuosas se movían en lentos ademanes sobre la mesa del té. Ademanes que todos efectuábamos, tales como acercar la tetera, coger la taza o levantar la mano, pero que en ella evocaban —no sé por qué— algo del obscuro y sigiloso caminar de una araña. Yo clavaba la vista en su figura y sentía una extraña impresión de temor, como si en vez de una persona en carne y hueso me encontrara frente a algo impreciso, negro y blanco —el manto contrastando duramente con la albura del cabello— largo y movable, semeiante a una de esas mariposas nocturnas cuyas alas obsesionan nuestra mente de niños. Dos gotitas de sudor se insinuaban en mis sienes y, toda trémula, salía de la sala, dejando intacta mi taza de té.

¿Quién era esa Gertrudis? ¿Qué la unía a nuestra límpida claridad hogareña? Nunca lo supe. Yendo cierta tarde con mi madre por el Portal Mac Clure, la vi pasar como un espectro gris. Presentí que se acercaría a saludarnos y solté brus-

camente el brazo maternal, corriendo a guarecerme tras una arcada de piedra. Allí aguardé, con la cabeza gacha, en la actitud de quien aguarda un vendaval furioso.

—¿Qué pasa, criatura? interrogó mi madre sorprendida, alcanzándome hasta el escondite callejero.

Yo señalé con el índice la larga figura que, sin vernos, se alejaba, se alejaba rígida y misteriosa, envuelta en su manto como un fantasma de la noche. El rostro de mi madre al divisarla se bañó de indulgencia y, no sospechando mi pavor, la alcanzó con un grito cordial:

—¡Gertrudis! ¡Adiós, Gertrudis!

Ella, desde lejos, volvió la cabeza, mostró en una sonrisa sus largos dientes amarillentos y siguió lentamente su ruta.

—¿Quién es? pregunté. Y una ola de sangre vino a abrazar mi rostro.

—¡Cómo quién es! ¿has perdido la memoria? Pues, Gertrudis, esa buena Gertrudis.

La respuesta no aclaraba mi curiosidad ni mi inquietud.

“¿De dónde sale? ¿Adónde va? ¿Por qué su paso es silencioso como el de las ánimas que pueblan los cuartos vacíos?”

He ahí las interrogaciones que roían mi mente. No obstante, guardé silencio. Pero ya nada, durante esa tarde, pudo de nuevo hacer que floreciera mi alegría.

Una vez apareció en casa la víspera de un accidente callejero que costó la vida a uno de los viejos sirvientes. Desde entonces fue, para nosotros los niños, el pájaro de mal augurio, la bruja que a través de la noche cruza el espacio montada en una escoba. Y era nuestro secreto: haber adivinado que Gertrudis traía un anuncio y que su presencia, por doquier, iba sembrando la desventura. No conocíamos aún la palabra “maleficio”, pero interpretábamos a nuestro modo su pavorosa esencia. Uno de los primos afirmó que a su llegada solían empañarse los espejos; otro, que las lámparas de cristal titilaban como si las sacudiera una mano invisible.

De pronto dejamos de verla. Y sólo bastaron unos días

para olvidar su silueta de cementerio. Pasaron los años. Se dispersaron muchos seres queridos. Los niños entramos en la edad adulta, formando hogares propios. Murieron los padres.

Cierto día recibí una esquila escrita con letras apretadas que semejaban patas de mosca.

“Estoy en un gran apuro, decía la carta. ¡Necesito ayuda! En memoria de otros tiempos, usted, la niñita de los rizos castaños y de los ojos llenos de asombro, venga, por favor, a verme. Vivo en la Avenida Portugal número veinte. Pregunte adentro por el treinta y después el siete. Gertrudis”.

Pero ¿aún vive? me dije. ¡No es posible! ¡En aquella época era ya una vieja! En cierto sentido, me regocijaba la carta. ¡Al fin iba a contemplar la verdadera fisonomía de esa mujer cuya presencia turbó a veces la luminosidad de mi infancia! Iba a saber quién era al mirarla con mis ojos de adulta, al conocer su atmósfera, su medio, las gentes y objetos que la rodeaban. ¿El treinta y después el siete? No entendí bien. Quizá se trataba de alguna casita o de algún cuarto. Acaso, la miseria habíala conducido hasta algún conventillo. “Necesito ayuda”. Así es que, como todos los seres humanos, Gertrudis tenía necesidades materiales, se nutría al igual que las demás personas, era vulnerable, capaz de sentir hambre y frío. Estaba, pues, hecha de carne y hueso, la bruja de la escoba.

Demoré algunos días en acudir a la cita. “Mañana”, me decía, cansada de antemano. “Mañana”.

Por fin, con un paquete de frutas bajo el brazo y un ramito de claveles en la mano, partí hacia la dirección indicada, en un radiante mediodía de diciembre. Recuerdo que en el aire trinaban los pájaros y que los jardines se estremecían de goce bajo su carga de peonías y de rosas.

Sin embargo, a medida que avanzo, siento crecer en mí aquel invencible malestar que provocaba la aparición de Gertrudis en mi vida de niña. Vuelvo a ver sus ademanes, me abraza su halo enigmático, flotan a mi vera las alas de su manto. Me sorprende comprobar que las señas indicadas en

la carta corresponden a un hospicio. Atravieso patios tristes, manchados de ese musgo sin color y sin vida que crece a menudo en los sitios de orfandad y de muerte. Por fin, la sala treinta. Cuerpos desmembrados, ojos llorosos. La existencia que se va, la existencia que huye de pulmones que sólo respiraron pobreza. Y avanzo. Como el canto de innumerables relojes, voy escuchando los latidos sin eco de aquellos corazones solitarios. El número siete, el número siete. No creí que Gertrudis, a quien mi fantasía de niña prestó el poder y la riqueza de lo mágico, yacería en la sala común del hospicio. Me detengo, al fin, frente a una cama vacía: el número siete.

—¿Y la enferma? pregunto a una escuálida vecina de lecho.

Los ojos se posan en mis ojos, luego bajan ansiosos hasta el esplendor de las flores y frutas que derraman su fragancia entre mis manos.

—¿El siete? murmura. Murió ayer en la mañana.

Corre por mis venas una extraña sensación de derrota. ¡Ah, un día antes, sólo un día, y no habría quedado en suspenso cierto capítulo de mi infancia! La difunta ha partido llevando consigo su secreto. A la sensación de derrota se une una melancolía mezclada de remordimiento. El remordimiento de una gran injusticia cometida por nosotros, los niños. ¿Así es que la bruja con poderes maléficos no era sino una pobre mujer que sufría? Planta sin raíz, hoja perdida, sus ademanes sigilosos acaso sólo denotaban vergüenza.

Con gestos torpes empiezo a repartir la fruta entre las dolientes más próximas. Luego arrojo los claveles sobre el lecho vacío. Una oración por el alma solitaria y apergamina-da de la vieja Gertrudis. Cierro un instante los ojos. Cuando los abro, una enfermera acierta a pasar a mi lado.

—¿Podría informarme sobre la mujer que ocupó el número siete? —interrogó.

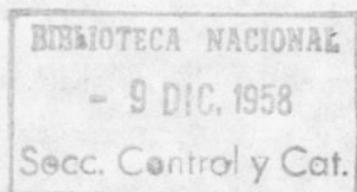
—La enterraron esta mañana, responde con indiferencia.

—Pero ¿quién era? ¿De dónde venía? ¿Cómo llegó a esta sala?

Ella se encoge de hombros, contemplando el barniz de sus uñas. Luego añade friamente:

—Sólo sé que se llamaba Gertrudis. Para nosotros, era el número siete.

Abandono la sala. Cruzo los grandes patios teñidos de musgo incoloro. Sobre los muros del edificio creo ver dibujarse sombras informes que, lentamente, se funden con otra enorme sombra: la de aquella misteriosa Gertrudis cuyo perfil agorero asomó por una de las ventanas de mi infancia.



MARÍA FLORA YÁÑEZ. Novelista y cuentista. Nació en Santiago. Hizo sus estudios en el Liceo de Niñas N° 2 de Santiago y los terminó en París. Publicó su primera novela *El Abrazo de la Tierra* en 1933. Siguieron a esta obra, las novelas *Mundo en Sombra*, *Espejo sin Imagen*, *Las Cenizas* (de la cual se han hecho dos ediciones); *Visiones de Infancia* que obtuvo el Premio Atenea. *El Estanque*, *La Piedra*, novela laureada con el Premio Municipal y *Juan Estrella*, publicado en Madrid. Actualmente está en preparación su novela *Comarca Nuestra*.

Ha representado a Chile en los Congresos Internacionales de Escritores efectuados en Buenos Aires (1936), en Zurich (1947), en el Centenario de la "Société des Gens de Lettres" de París (1947) y en las Jornadas Literarias que tuvieron lugar en Santiago de Compostela (España) en 1954.

En 1935 fundó el Pen Club de Chile, que organizado antes una vez, había estado en receso durante veinte años.

TEXTO: *Juan Estrella*. Editorial Samarán. Colección El Cedro. Madrid. 1954.